

Alexander Jiménez Matarrita

Ese país en donde nunca estuvimos (Cultura y sociedad en Costa Rica, 1980-1995)¹

Summary: *A group of images and notions related to the social and cultural life of Costa Rica during the period 1980-1995 is presented. There is an emphasis on the ethic and aesthetic aspects upon which the social and cultural life of Costa Rica is based on.*

Resumen: *Se presentan un conjunto de imágenes y nociones ligadas a la vida social y cultural de Costa Rica en el período 1980-1995. Se da un énfasis a los aspectos éticos y estéticos conforme a los cuales se elabora dicha vida social y cultural en Costa Rica.*

I. La cartografía es un saber imposible

¿Dónde quedan inscritos los años de un país? ¿Quién los puede descifrar? Borges tenía a Funes el memorioso. Su memoria y percepción sostenían el prodigio de registrarlo todo. Archivero infortunado, Funes recordaba hasta los bordes de una nube a punto de estallar, en un día feliz de marzo. Podía distinguir la duración y la furia de cada lluvia de invierno. Sus instantes no se agrupaban en horas ni sus horas en días. La precisión de sus recuerdos era absoluta; por eso, para recordar un día necesitaba otro día entero; pero Funes está muerto y su sortilegio nos ha sido rehusado. Sólo nos queda recomponer los días y los años de otra forma.

La búsqueda de inscripciones y desciframientos es penosa; lo es más cuando se hace para gente que ha estado en otra parte. ¿Qué es la vida de un país para quienes habitan otros territorios y

despliegan otras historias? Imágenes fragmentadas en los noticieros, catástrofes, algunos triunfos deportivos, quizá un Premio Nobel de la Paz.

Los países son, unos para otros, sólo una noticia; una marca en las pantallas que pronto se disuelve; y eso también lo son para sí mismos. La pregunta sobre cómo dar a conocer ciertos años de un país a gente que ha estado en otra parte incluye, pues, no sólo a otras poblaciones. A menudo la población de un país está también en otra parte. Años, poblaciones, fronteras, migraciones, territorios. ¿Qué son los países? Allí dónde se había observado la dificultad de registrar la marca de los años, se advierte ahora la de precisar territorios y poblaciones. ¿Quiénes, dónde y cuándo son los países?

En Costa Rica se han elaborado reflexiones teóricas acerca de la complejidad de pensar en términos latinoamericanos, así sin más. Helio Gallardo, en un ensayo que ayuda a pensar eso que llamamos América Latina, afirma que «cualquier observación sobre «América Latina» debe entenderse como tendencias en un sistema o subsistemas captados con un alto grado de abstracción. Ni histórica ni socialmente existe una América Latina y las conflictividades que ofrecen sus particularizaciones, regionalidades y procesos, no pueden ser resueltos extensamente mediante su narración ni cómodamente a través de una conceptualización que, por abstractamente generalizante, resulta falsa»². Las historias sociales y culturales parecen resistirse a la lógica geográfica. Latinoamérica no existe a menos que se la busque allí donde no creíamos que estaba. Lo real, en este sentido, está más en las construcciones simbólicas que estábamos acostumbrados a relegar, y menos en los

objetos que privilegiábamos como evidentes. Esta certeza es asociable a otro relato de Borges: en un Imperio, la cartografía llegó a tales sutilezas que su territorio y sus mapas eran inescindibles.

En cambio, no existe aún en Costa Rica una discusión seria acerca de ciertos procesos sociales y culturales que quizá terminen por convencernos de esta dolorosa verdad: tampoco nosotros existíamos como país. Lo que Nietzsche afirmó del sujeto moderno puede servir para ilustrar ese artificio a punto de quebrarse: sólo éramos una multiplicidad que se inventó una unidad imaginaria.

Las pluralidades que nos conforman están tejidas con hilos tan finos como desiguales. No obstante, como si todo fuera un nudo consistente, seguimos afirmando alegre y tramposamente la unidad de este país. La pertinencia de tal afirmación no está probada y las evidencias apuntan más bien en la dirección contraria. Hablamos confiadamente de Costa Rica, y sin embargo no existe al lado o debajo de tal nombre una cosa territorial, poblacional, jurídica, cultural, claramente distinguible. Como América, podría tener cien nombres.

Costa Rica no es sólo esa unidad imaginaria indiscutible; es también un conjunto de mecanismos y procesos sociales y culturales altamente desiguales. Indígenas, negros, nicas, niños, pescadores, maestros, banqueros y demás, están distribuidos según un orden jurídico y geográfico ambiguo. Esta ambigüedad no es irresoluble. De hecho, buena parte de los esfuerzos de instituciones como la Defensoría de los Habitantes, la Comisión Nacional de Derechos Humanos y ciertos sectores de la prensa costarricense, entre otros, pretenden despejar las consecuencias de dicha ambigüedad. Lo que no parece tener remedio es el lugar desde donde son tomadas las decisiones económicas y políticas de Costa Rica.

Esas pluralidades aludidas, que configuran el tiempo y el espacio costarricense, no se reducen a las etnias, sectores sociales y sensibilidades, sino que abarcan también lo que otros han decidido en otra parte. Desde luego la «transnacionalización» de las decisiones económicas y políticas afecta también otras regiones; pero esta constatación, en principio, no cambia nada. Que sea internacional no le da mayor validez ni mayor consuelo. Lo que se llama «nuevo orden internacional» es una construcción asimétrica. De hecho, la asimetría de los «procesos globales» es un criterio para esclarecer la toma de decisiones político-económicas y la configuración de culturas y sociedades como la

costarricense, en las que viene tomando forma desde mediados de la década de 1980 un discurso económico fundamentalista que absolutiza el mercado como centro de construcción de la convivencia social y cultural.

Costa Rica es, pues, un nombre tramposo. Aquí lo real acontece lejos de las costas, y estas fueron perdiendo poco a poco sus riquezas. Sin embargo, alrededor del nombre de la Patria se ha configurado un discurso que despliega y sostiene estructuras de percepción, valoración y racionalidad, de una gran rentabilidad política. En este sentido, los últimos quince años no han pasado en vano. Los gustos, los horizontes éticos y los niveles de argumentación políticas y económicas, han sufrido un giro que todos intuimos pero que nadie ha fijado suficientemente.

Según Milena Vega y Jorge Vargas³, en Costa Rica no han sido estudiados aún los indicadores de procesos básicos de cambio en la estructura social de los años ochenta y noventa. Vega y Vargas querrían seguir indicios tales como la aparición de sectores sociales ligados a nuevas actividades económicas -los «niños de la calle», por ejemplo, aparecieron junto con un proceso de informalidad creciente del mercado de trabajo urbano-, la transformación de instituciones del Estado, los procesos de redistribución del poder sobre las finanzas públicas, el surgimiento de nuevos grupos técnicos y profesionales, las transformaciones en los estilos de vida. La moda internacional acontece aquí de maneras muy diversas; se extiende desde los espectáculos de modelaje y las tiendas internacionales, hasta la venta de ropa norteamericana usada y electrodomésticos reconstruidos y de segunda mano. Lo privado irrumpió en la vida pública con centros de educación preescolar, escolar, colegial y universitaria. Fundaciones, organismos paraestatales y asociaciones violentan, en la administración de sus presupuestos, la lógica de lo público. El espacio habitacional urbano y la oferta turística y comercial revela, junto con todo lo anterior, que la estructura social costarricense es mucho más compleja y diversificada que la de veinte años atrás. En la década del ochenta se da la consolidación de sectores neo-exportadores (industriales, empresarios agrícolas y comerciantes exportadores) y de la banca privada (seis de los siete mayores bancos privados se crean en estos años). Con ellos, el escenario económico se rehace y con él una polarización de los sectores altos y bajos. En el medio, en el justo medio, no queda casi nada.

Este ensayo no pretende seguir los indicadores de tal proyecto de investigación. En realidad, ello llevaría años de análisis riguroso y medición exhaustiva de una información que nosotros no tenemos. A la pregunta por la inscripción y el desdramatamiento de los últimos quince años de la vida social y cultural de esto que llamamos Costa Rica no responderemos sino con un ensayo. Es decir, con un texto que reclama el derecho a la errancia, la divagación y el extravío. En este sentido, es un ensayo que acude a la constitución imaginaria de un país para tratar de revelar algunos puntos de emergencia de sus procesos éticos, estéticos y cognoscitivos.

Lo imaginario puede ser dicho de muchas maneras. Sartre, Lacan, o Bachelard -tan solo para mencionar la teoría francesa-, lo entienden desigualmente y también desigualmente lo vinculan con lo real. De manera provisional y fragmentada, entendemos aquí por imaginario la reconstrucción simbólica, operada y desplegada en instancias comunicativas, de los horizontes éticos, estéticos y cognoscitivos de la vida cotidiana. Lo imaginario, así entendido, no es sólo un sedimento de representaciones sociales que permite entender la historia de un pueblo. Es fundamentalmente una cristalización discursiva, mediada por la comunicación masiva, el arte, la institución escolar, el patrimonio cultural, de carácter realizativo. Lo imaginario crea realidad social, saberes, espacios de convivencia; y también crea espacios de agresión, dominación y destrucción del tejido social. Es un universo discursivo ambiguo que afecta directamente la asunción espacial y temporal que un pueblo hace de sí. Desde dónde se configura ese imaginario y cuál es su rentabilidad social son asuntos complejos que quizá no haremos más que enunciar.

A fin de que el extravío no sea completo, seguiremos ciertas inscripciones y no otras. Las llamaremos ejes imaginarios de inscripción social y serán tres: los gustos, los saberes, y los horizontes éticos de la convivencia. A partir de sus puntos de encuentro y desencuentro, intentaremos articular, y quizá desarticular, las estructuras de la percepción, la valoración y el conocer que vienen configurando, de unos años para acá, un país a punto de disolverse en el aire.

Tres ejes imaginarios de inscripción social, escogidos arbitrariamente de entre otros muchos, guiarán este intento -condenado por demás al fracaso- de presentar la vida social y cultural de

Costa Rica en los últimos quince años. Pero antes de abordarlos, es preciso reconocer una deuda y confesar un desencanto tal vez un poco torpe. La deuda es con dos libros y un ensayo: de los primeros, uno de Helio Gallardo: *Fenomenología del mestizo* (1993), y otro de Alfonso González Ortega, *Costa Rica, el discurso de la Patria*; el ensayo: «Problemas del desarrollo cultural», de Luis Camacho⁴. Buena parte de nuestro trabajo responde a la seducción ejercida por imágenes y argumentaciones de esos textos.

El desencanto social y cultural en la Costa Rica de finales de 1995 es un signo ineludible. Está en las primeras páginas de sus diarios, en los acercamientos audiovisuales de los noticieros, en el rostro de amigos y amantes. Es posible, entonces, que quede amarrado, como un recordatorio de nuestro desconsuelo, al clima afectivo de este ensayo. Los lugares de encuentro, los ritmos de maduración de los encuentros, la posibilidad de mirar y caminar, la oferta de los goces, las comidas, los descansos, son cosas casi insólitas. Quizá este escrito tenga el destino de las quejas a destiempo. En la década de 1970 se solía escuchar a mujeres y hombres lúcidos decir: «¡paren este país, que yo me bajo en la próxima estación!» Este ritmo delirante de disolución social que vive Costa Rica a mediados de los noventa quizá no sea una cosa nueva. Pero ¿qué importa eso? A quienes lo padecemos no nos hace más fáciles las cosas saber que no son nuevas. Algunos, por eso, seguimos esperando la próxima estación.

II. Los artificios morales de la patria

A diferencia de Funes, los políticos costarricenses tienen como oficio la desmemoria. Siempre han olvidado todo cada vez que se descubren sobornos, financiamientos mafiosos, líos diplomáticos, desfalcos en los bancos. El talento del olvido lo tienen muy desarrollado. No saben, no recuerdan, no estaban nunca ahí. ¡Es que han pasado tantos días desde entonces! dicen otras veces; pero no sólo desaprenden sus actos obscenos. A menudo colaboran con otro tipo de olvidos.

A principios de la década de 1990, en su visita a España, Rafael Angel Calderón Fournier, entonces presidente de la República, llegó a afirmar que Costa Rica casi no había tenido pueblos indígenas. Pretendió ser un exquisito gesto de cortesía. Para entonces se discutía la historia de los últimos

quinientos años, y Calderón Fournier quería, con un alto sentido de las circunstancias, atenuar el descontento de aquella gente que nos fundó con su mirada. Es cierto que después se quejó de lo mal que lo habían entendido los periodistas españoles; pero aquí todos lo supimos. Indígenas más, indígenas menos, el presidente buscaba presentar un país blanco, sin determinaciones históricas, culturales o étnicas. Lo entendimos muy bien porque aquí soñamos con lo mismo.

Para los costarricenses, los pueblos de Centroamérica son siempre lo otro, aquello con lo cual no se nos puede confundir, aquello donde se origina buena parte de los males. En los estadios de fútbol, en los asesinatos y robos cotidianos, en los posibles proyectos políticos y económicos comunes, el resto de los centroamericanos no merecen nunca la oportunidad de la inocencia. "Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala están compuestos de mayorías indígenas, violentas y distintas a nosotros". Naturalmente, no todos los costarricenses piensan lo mismo, pero la «opinión pública», esa voz incolora y desatinada, está presta a ofender y humillar a jugadores, trabajadores y estudiantes que porten una marca levemente indígena. A menudo, la obsesión de parecer jóvenes y bellos, como en los relatos de la pantalla, es proporcional a la obsesión de distinguirse de aquellos otros pueblos. Y sin embargo, en cada país centroamericano, se activan los mismos mecanismos de discriminación. Las capas medias urbanas querían no tener color, ni historia, ni sexo, ni sangre. Ser, así sin más. Eso querían. Costa Rica lleva esta obsesión a flor de piel.

La sociedad y la cultura costarricenses son básicamente ladinas. Esto quiere decir que la identidad social de sus capas medias está construida desde elementos imaginarios que les hacen creer que son sin mezcla, que aquí la sangre hispana marca la diferencia, que no son parte de un proceso por el que han pasado la mayoría de los pueblos profundos de América Latina. Por eso, la frase de Calderón Fournier en España era sólo la expresión de un mecanismo de argumentación que opera en los media, en las cámaras de comerciantes e industriales, en los partidos políticos, y en buena parte de los sectores medios de Costa Rica: en este mundo global, somos más globales que el resto de la región pues somos blancos, más democráticos y hacemos mejores negocios.

Helio Gallardo define al ladino como un mestizo que para pensarse «sin mezcla» rompe con su

raíz social, odia su pasado y lo reivindica falsificándolo. Algunas concreciones de este artificio imaginario tienen consecuencias terribles. En los diversos procesos políticos latinoamericanos, por ejemplo, el autoengaño ladino legitimó afectiva y moralmente a las fuerzas armadas que «limpiaron» las diferencias con un talento tal que esas mismas fuerzas, en sus componentes más rasos, se pensaban blancas, superiores y vencedoras. Para Gallardo, el ladino se siente, imaginariamente, encarnando la más pura voluntad de Occidente. Quizá esto explique la lujuria discursiva de políticos y empresarios cada vez que exigen acelerar los procesos de modernización económica. Ellos no se cuidan de discutir la validez de dicho proceso. Les basta imaginarse inscritos en una tradición que no tiene alternativa real, que no conoce «afuera», que ha triunfado para siempre. Sin saberlo plenamente, están queriendo usufructuar del final de la Historia.

El imaginario ladino en Costa Rica tiene un matiz sacrificial. Puesto que las determinaciones históricas, sexuales, laborales y étnicas, no parecen tocarnos, todos creemos ser una misma cosa. Esto significa que todos somos culpables de la misma manera, y en el mismo grado, de la situación de este país; y la padecemos igual. En el plano de la calidad de vida esto supone que todos debemos pagar nuestra culpa, y la pagamos indiscriminadamente. Un ejemplo podría ilustrar: el más reciente y significativo movimiento social en Costa Rica fue una huelga de maestros y profesores, quienes entre julio y agosto de 1995 lucharon por su régimen de jubilación. El Gobierno, los empresarios y la prensa, argumentaban que este país era insostenible si no colaborábamos sacrificándonos. En esa huelga de los maestros pasaron muchas cosas: arrebatos moralistas, vigiliadas, marchas, cantos, amenazas, accidentes mortales; unas fueron más divertidas que otras.

La noche del 7 de agosto, después de una marcha por el centro de San José que terminó en la Casa Presidencial, cuerpos policiales vestidos de civil agredieron a estudiantes, profesores, trabajadores universitarios. Un pobre carretonero que pasaba en esos momentos por el lugar recibió puñetazos y patadas de seis "valientes" policías que no supieron descifrar el asombro de ese justo sufriente. Su imagen y la de un rostro ensangrentado le dieron la vuelta al mundo. En el país, se produjo una gran indignación popular; pero también hubo publicaciones irritantes. El 16 de agosto de 1995,

en el diario La Nación apareció un escrito de la Coalición Costarricense de Iniciativas para el Desarrollo (CINDE) -promotora desde hace tres lustros de inversiones y exportaciones en Costa Rica, en el que se declaraba preocupada por «el nivel de capacitación y educación que tiene y tendrá toda la fuerza laboral de Costa Rica, sea en el sector obrero, ejecutivo, y particularmente en el de los estudiantes, ya que ellos representan el futuro de nuestra patria». El artículo, titulado «La verdadera lección de los maestros a los estudiantes», se refería a los posibles efectos negativos de la huelga en el ámbito social y económico; empieza por lamentar el descenso en los niveles de civismo y afirma que con el irrespeto y violencia de los huelguistas no se puede pretender que «los alumnos aprendan a respetar las leyes e instituciones nacionales». Continúa con un argumento que no comentaremos por respeto a los estudiantes. Según el documento, las circunstancias de la huelga muestran las razones por las que «los estudiantes de 5° y 6° grados son totalmente deficientes en matemáticas y ciencias». Y concluye el escrito que «[...] juzgando por lo que el país ha visto en los últimos días, nuestros maestros, en muchos casos, no son capaces de enseñar al alumnado los más elementales requisitos para estudiar bien, como son el orden, la disciplina y el sacrificio». Si dejamos de lado el tono puritano inaguantable y el vínculo surrealista entre civismo y matemáticas, el artículo agradece por lo que ignora: el cinismo de un Gobierno que irrespeta la voluntad de su pueblo, la agresión contra estudiantes y carretoneros; pero, sobre todo, irrita por una omisión: la educación costarricense no muestra su fracaso en los niños de 5° y 6° años, sino en la estrechez de los horizontes éticos de la clase política y empresarial que saquea este país con leyes, privilegios, desfalcos y evasiones fiscales, que afectan la calidad de la vida social y económica. Pero hay un detalle más: el tópico del «futuro de nuestra patria». La legitimidad de los argumentos descansa, finalmente, en esa imagen. Hay aquí un giro significativo respecto del uso de la temporalidad de la patria. Hasta hace pocos años, el pasado de la patria era el lugar desde donde se argumentaba socialmente. Ahora es el futuro. En cualquier caso, no nos dejan visitar nuestro presente. Costa Rica tiene mucho tiempo de no tener presente. No nos dejan habitarlo ni siquiera en el plano de las ficciones.

El imaginario social costarricense nunca ha tenido anclajes lejanos, y los más lejanos ocurrieron

en otra parte: en España y Nicaragua. El proceso político independentista, que cristaliza en setiembre de 1821, y la lucha contra invasores estadounidenses en abril de 1856, constituyen imágenes fundacionales que se activan cada 15 de setiembre y cada 11 de abril. En estas fechas, los costarricenses veníamos celebrando con cierto orgullo los actos de nacer y resistir como nación; pero el orgullo se nos gastó rápidamente. Sin pasado y sin presente, sólo nos queda apropiarnos discursivamente del futuro, ese que es quizá el peor de los fraudes moderno-capitalistas.

Como artificios escénicos, las celebraciones patrias operan una homogeneización del espacio social y de la autopercepción subjetiva de los costarricenses. La patria exige, en tal discursividad, una pertenencia abstracta. Ser de la patria y para la patria es hacer entrar en el olvido que se es mujer, negro, banquero, niño de la calle, diputado o presidiario. Las diferencias son borradas y todos creemos ser lo mismo. Discurso de la mismidad, lo patriotero hace invisibles los lugares y los tiempos de sectores y actores desiguales. En una caricatura universal, Quino reconstruye este escenario: cinco ejecutivos disfrutaban, en una barquilla, las aguas y el aire de un día transparente del estío. Adelante y remando se observa un hombre cansado quien, de pronto, torna a mirar la fiesta de los otros. Uno de éstos percibe el desencanto del remero y le lanza un argumento irrefutable: «¡Pero, señor Fernández, siga remando!, o ¿acaso no vamos todos en el mismo barco?».

Los dos procesos político-militares que configuraron el imaginario costarricense han ido perdiendo su carácter fundacional. Los próceres y símbolos correspondientes, que en general recrean una cotidianidad rural y bucólica de finales del siglo XIX y principios del XX, sufren un desplazamiento significativo. Hoy, la patria tiene como punto de referencia los procesos de ajuste económico cuya verdad, se nos dice, está en el futuro. Los próceres son trashumantes que presiden el Fondo Monetario Internacional, El Banco Mundial y demás. Hoy son de la patria sólo aquellos que le apuestan a medidas económicas y políticas que disuelven la eticidad de los actos sociales, la validez del orden jurídico y la construcción de los lazos sociales más básicos. Son de la patria aquellos que la hacen desaparecer. Esta paradoja está ligada a la construcción y diseminación de una cultura y una imaginaria supuestamente global que exige a los pueblos periféricos renunciar

a escoger la vida que desean. Sin duda, hablar de un deseo de los pueblos por una cierta vida es algo complejo. ¿Cómo y por qué se instaura ese deseo? El punto es que aunque sea un deseo mediado por instancias que están más allá de la vida cotidiana, las poblaciones deberían tener derecho a ejercer ese deseo, venga de donde venga.

III. Los saberes desplazados

El actual Ministro de Cultura de Costa Rica es un filósofo reconocido⁵: conferencista erudito, autor de varios textos filosóficos, conocedor de Descartes, Rousseau, Kant, Hegel, Marx y Nietzsche, es, en cierto sentido, un lujo político. Sin embargo, es un Ministro sin fortuna massmediática: al preguntarles a los costarricenses por sus ministros, nunca aparece en las encuestas. La omisión, por supuesto, no tiene relación con su calidad ministerial e intelectual; es más bien el signo de un giro interesante en la valoración de los saberes: el relevo del pensador por el empresario.

El año 1980 comenzó sin el pensador más querido y conocido que ha tenido este país; seis meses antes había muerto Constantino Láscaris. Filósofo venido de España en 1957, nos ganó el corazón y la inteligencia con su gracia, erudición, agudeza y franqueza. Viajero y observador de una geografía plural que lo sedujo, Láscaris conversaba y enseñaba amablemente. Sus libros, conferencias, artículos periodísticos, comentarios televisivos, lo hicieron digno del respeto de estudiantes, obreros, profesores, políticos, mecánicos. En el café, la pesca, o en la calle, era reconocido y abordado por su generosidad. Desde 1980, Costa Rica ha tenido intelectuales menos populares pero igualmente brillantes; Roberto Murillo, por ejemplo. Sin embargo, la muerte de Constantino Láscaris tuvo un relevo inesperado. Los «trabajadores intelectuales» que ocuparon el lugar de su voz y el prestigio de su pensamiento eran de otro orden: jóvenes ejecutivos y administradores, banqueros, directores de noticieros, presidentes de las cámaras comerciales e industriales. Toda una estructura de percepción social del saber cambiaba violentamente. En adelante, los procesos de información social, y su correspondiente agenda política, iban a privilegiar a los portadores de un saber que se construye en ciertos centros económicos mundiales para ser vendido nacionalmente.

Aún reconociendo ese giro, las universidades públicas costarricenses siguen construyendo y di-

fundiendo conocimiento. La Universidad de Costa Rica ocupa en el área centroamericana un liderazgo en publicaciones científicas. La oferta de actividades teatrales, musicales, literarias, filosóficas, es, considerando los índices poblacionales, significativa. Los centros culturales europeos (España, Alemania, Francia, Italia), latinoamericanos (México, Brasil) y el de los Estados Unidos, han incrementado su agenda semanal de manera evidente en los años noventa. El diario *La Nación* y los semanarios *Universidad* y *Esta Semana* ofrecen suplementos, páginas y carteleras culturales en apoyo de los trabajos artísticos, literarios y académicos⁶. Científicos sociales, biólogos, médicos, ingenieros y filólogos, entre otros, incrementan, en sus centros de investigación, aportes y resultados. Sin embargo, todos estos saberes afectan desigualmente la vida social y tienen que legitimarse, a menudo indignamente, frente a sectores tecnocráticos que siguen actuando como mediación de las decisiones que otros toman por nosotros.

Los trabajadores intelectuales hegemónicos en Costa Rica -miembros del poder ejecutivo, diputados, banqueros, industriales, magistrados y demás- actúan convencidos de la precariedad de aquellos otros saberes. Tampoco en Costa Rica los intelectuales son lo otro del poder. La validez de la argumentación y la competencia comunicativa están reservadas a quienes encarnan el saber tecnocrático de las reformas y los ajustes económicos. Saber y poder están inscritos en el mismo universo discursivo economicista. Lo otro, lo literario, lo filosófico, la plástica, es sólo una compensación escénica. La luz sigue el movimiento de los personajes de siempre⁷.

El relevo de los saberes es parte de un proceso inducidamente mundial y asimétrico. Este escenario define el papel privilegiado de ciertos actores y parlamentos. En Costa Rica se han discutido las consecuencias sociales y culturales de los procesos económicos de ajuste. Esos que más parecen de ajusticiamiento; sin embargo, todavía no discutimos el poder de homogeneización discursiva que ejercen esos actores y libretos. Los saberes, como ejes imaginarios de inscripción social, han sufrido en Costa Rica una transformación que es contemporánea de otra que acontece en la formación de los gustos. En ambas, gustos y saberes, quedan anudados una serie de discursos y relatos que han disuelto concreciones sociales y culturales, bajo el argumento de que ese es el precio de un ajuste global de las economías.

IV. Esos fuegos de artificio

Al iniciarse en enero de 1991 la guerra del Golfo Pérsico, una conocida presentadora de un telediario costarricense llegó a expresar ante las imágenes que se recibían de las agencias internacionales de noticias: «¡qué lindo, parecen fuegos de artificio!» La muerte era entonces una fiesta de colores. Lo sigue siendo. En este país irredimible, el gusto está construido por estructuras comunicativas que estetizan los extravíos y obscenidades políticas nacionales y mundiales. La insatisfacción y el desencanto crecientes en la población costarricense es compensada imaginariamente con telenovelas, programas milagrosos y místicos, series televisivas juveniles y talkshows que ayudan a sobrellevar los dolores mediante un artificio purificador. De cara a lo que pasa en la pantalla, la vida parece todavía soportable.

Nuestro gusto no tiene remedio ni defensas. Es de una ductilidad inverosímil. Se dirá que lo mismo sucede en otras partes. Es posible. La industria del gusto y el entretenimiento se despliega universalmente; pero su recepción cambia con los pueblos. El nuestro aprende a pronunciar el castellano, en ciertos sectores juveniles, con un acento extraño y ahora, después de muchos siglos, encontramos que lo mejor es tutearnos, nosotros que voábamos tan bellamente.

Dos indicadores de nuestro gusto son la programación televisiva de fin de semana y la configuración del espacio urbano. Cierto es que en ninguno de los dos interviene directamente la voluntad de espectadores y habitantes; pero nadie ha dicho que el gusto se construye autónomamente. Si excluimos la programación de canales estadounidenses, españoles, alemanes, franceses, sudamericanos y mexicanos -que se captan por cable, y no tienen una audiencia mayoritaria-, el domingo 12 de noviembre de 1995 los costarricenses tenían para mirar: cuarenta y tres programas religiosos; veintitrés de entretenimiento; veintitrés de musicales juveniles; veintidós de deportes; once noticieros; y siete programas con documentales científicos, históricos y artísticos. Este dato ofrece algunas complejidades que impiden emitir juicios definitivos; sin embargo, ilustra el repertorio de lo que un costarricense promedio puede tener en su pantalla de televisión el día de descanso.

Fuera de las pantallas, ¿qué ven los costarricenses?: una creciente hostilidad de sus ciudades. San José, la capital, es un lugar sitiado desde dentro: autobuses humeantes y con minusvalías insal-

vables; cráteres impensables en todas las calles y carreteras del país; letreros de neón en las avenidas; vallas publicitarias en las autopistas y en los jardines mismos de las casas; edificios y centros comerciales que crecen al ritmo de la arbitrariedad de sus dueños; basura, conductores obsesivos; violencia juvenil, política y empresarial. Todo ello conforma una geografía urbana siniestra que no aparece nunca en los carteles turísticos.

Hemos dicho ya que en Costa Rica el gusto pasa por los media. El gusto estético literario tiene en las mediaciones comunicativas una instancia de selección crítica. Críticos de teatro, música, danza, artes plásticas, literatura y demás, tienen a veces un papel significativo en la dinamización del potencial simbólico de los productos artísticos. Es obvio que no son las únicas instancias de selección crítica que intervienen en la selección y distribución del gusto estético. Existen curadores, jurados, comisiones editoriales que deciden, previamente, acerca de la existencia de los objetos artísticos; pero una vez puestos en marcha los mecanismos editoriales e institucionales (museos, festivales), la prensa costarricense colabora con su publicitación y circulación.

De manera evidente, la industria del gusto costarricense ha venido anudando las estrategias del poder simbólico con las estrategias de los poderes económicos y políticos. En este sentido, los festivales internacionales de arte, que se vienen celebrando con éxito desde mediados de los años ochenta, tienen una rentabilidad política extraordinaria. A su sombra crecen discursos recurrentes que hablan de un país sin ejército, democrático y civilizado, que invierte en el gozo y la ilustración de su pueblo. En el fondo, y como resultado de ese nudo estratégico, existe un mecanismo de doble rostro en la sociedad costarricense: los procesos estéticos sufren una despolitización proporcional a la estetización de los juegos políticos y económicos. Y tal mecanismo afecta muchas cosas. La despolitización implica aquí el abandono del disfrute de los espacios de convivencia comunitaria (parques, plazas, templos, pulperías, universidades) y de sus correlatos representativos: la disolución teórica y cotidiana de lo político, entendido como ámbito de encuentro para decidir y actuar la vida social. A cambio, se ha dado un crecimiento de la publicitación escénica de cámaras, partidos, figuras políticas.

¿Se parecen cada vez más entre sí las ciudades? Da la impresión de que hemos llegado a un con-

senso en los gustos, el valor de los saberes, la distribución del espacio, el nivel de la información. Esta es una imagen tramposa. El filósofo Luis Camacho estima que en ella se confunde el carácter avasallador de aparatos y procesos tecnológicos contemporáneos con una supuesta coincidencia de intereses que habría dado lugar a algo así como una cultura universal y que presupone un acceso común a los mismos bienes y servicios. Las pantallas y los viajes informáticos crean una ilusión de homogeneidad que tiene un correlato pseudoteórico de gran fortuna: la aldea global.

La ficcionalidad de la imagen de globalidad no reside en la ausencia de procesos económicos disseminados mundialmente. Es claro que están en marcha. La trampa discursiva e imaginaria es que no están en marcha desde cualquier lugar y no afectan de la misma manera los órdenes sociales y culturales de los pueblos del mundo. Acerca de los lugares desde los que se globaliza existen datos precisos, en cambio, las consecuencias en los globalizandos son aún imprecisas. Pero ya estamos aprendiendo. Con dolorosa certeza, Helio Gallardo afirma que hoy las sociedades y las culturas tienen éxito cuando la vida pasa a ser una práctica contra los otros o usando a los otros, no con los otros y para todos; pero también se puede desaprobar. Los gustos, los saberes y los horizontes éticos de la convivencia quizá posean reservas que nos permitan aún esperar lo inesperado.

En ciertos pliegues, no siempre visibles, la cultura y la sociedad costarricenses son llamadas a dar cuenta de sus artificios. Grafiteros, travestis, grupos de mujeres, colectivos poéticos, revistas contraculturales -como *Kassandra*-, movimientos anónimos por el no voto, se instalan en lo liminar y lo efímero, y evocan con sus gestos

de amor y de rabia los desvaríos de ese país en donde nunca hemos estado. En sus gestos desencantados apunta una tensa esperanza de que los reinos que nos estaban prometidos podrían estar en lugares y tiempos aún no visitados.

Notas

1. Estas páginas fueron leídas por unos cuantos amigos. De manera especial, debo agradecer las sugerencias de Jorge Jiménez Hernández.

2. Helio Gallardo, "América Latina en la década de los noventa", *Pasos* (San José de Costa Rica), 59 (1995): 11.

3. Se trata de una propuesta presentada al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica con el título "Modificaciones en la estructura social costarricense a partir de la década del ochenta: propuesta de creación de un sistema de indicadores".

4. Ver Helio Gallardo, *Fenomenología del mestizo* (San José: Departamento Ecuménico de Investigaciones, 1993); Alfonso González Ortega, *Costa Rica, el discurso de la patria* (San José: Universidad de Costa Rica, 1995); y Luis Camacho, "Problemas del desarrollo cultural", en L. Camacho et al., *Cultura y desarrollo desde América Latina* (San José: Universidad de Costa Rica, 1993).

5. Arnoldo Mora Rodríguez es, al tiempo de escribir este ensayo, el Ministro de Cultura de Costa Rica.

6. En la prensa costarricense, sin embargo, es notable una tendencia a tratar estos tópicos con un estilo crecientemente cosmético y sensiblero.

7. A menudo este desplazamiento obedece a mecanismos de dominación discursiva que merecerían una reflexión aparte. Al mismo tiempo, convendría considerar algunas prácticas contraculturales y discursos emergentes que han tenido, en Costa Rica, una relativa importancia en la configuración del imaginario urbano.